



AUTISMO EN LA SOCIEDAD, MALESTAR EN LA CULTURA

Coloquio Convergencia 2019

Relator: Enrique Tenenbaum

Este escrito surge del Taller sobre autismos y psicosis que sostenemos en Trilce / Buenos Aires. El estado actual del trabajo en el taller es el de intentar avanzar sobre algunas preguntas a propósito de la profusión creciente de casos -o de diagnósticos- de autismo, y su relación con la realidad política y social que domina Occidente después de la Segunda Guerra Mundial¹.

¿Será casual que tanto Kanner como Asperger hayan nacido en Austria a principios del siglo pasado y publicado sus primeras descripciones a finales de la guerra? La simplificación de la lengua alemana acorde a las necesidades de hacer entender las órdenes², como la pretensión vigente -impuesta en Sudamérica- de atacar el uso efectivo de las variantes lenguajeras locales a expensas de un “español neutro”, ¿acaso no inciden sobre la producción de autismos, atendiendo al hablar “verboso”³ que los caracteriza?

La explosión estadística de diagnóstico de casos que se ubican dentro del llamado espectro autista contrasta con la dificultad para cernir esos diagnósticos en categorías estables, lo que se verifica en las modificaciones que fueron produciéndose en las sucesivas ediciones del DSM⁴.

Constatamos que dos fenómenos clínicos dominan las descripciones de casos de autismo: las alteraciones del lenguaje y de la relación con los otros, ésta última connotada por dificultades ligadas a lo corporal -mirada, expresión, postura, gestos, juego-. Situamos nuestros interrogantes en la imbricación entre el lenguaje y la erección del cuerpo, articulación específica de lo humano.

¹ J. Artigas-Pallares, *El autismo 70 años después de Leo Kanner y Hans Asperger*. Rev. Asoc. Esp. De Psiqu. N° 32, España 2012

² V, Klemperer. *LTI (Lingua Tertium Imperirum)*. Alcmánia, 1947.

³ J. Lacan, Conferencia en Ginebra, 1975.

⁴ *El autismo...* op. cit.

El autista y su madre

Luego de su comunicación inicial de 1943, Kanner publica en 1950 un libro con un título tan curioso como sugestivo: *En defensa de las madres*⁵. No es necesario abordar plenamente su lectura para advertir que se trataba de desandar un camino que llevó a extremar acusaciones sobre el desempeño de las madres: poner en cuestión un deseo de madre, sea por excesivo o ausente, fue, claramente, una deriva teórica tan atractiva como apresurada.

En efecto, cuando se trata de mujeres melancolizadas, o que padecen una psicosis puerperal, o que son francamente psicóticas, o para aquellas en las que el llamado deseo materno no se había puesto en juego convenientemente, el producto de un niño autista parecía un resultado tan claro como el de una regla de tres simple.

Pero la casuística excede en mucho una eventual relación con una patología severa en las madres, como en tiempos de Freud la perversión paterna era muy superada estadísticamente por los casos de histeria.

Por lo tanto, cabe una pregunta, parafraseando la de Freud acerca de qué quiere una mujer: ¿qué debiera desear una madre? y ¿cómo debe hacer efectivo ese deseo?

Freud, en respuesta a la carta de una mujer que lo consultaba en tanto que madre, le anuncia que “haga lo que haga lo hará mal”. Pero hay maneras y maneras de hacerlo “mal”, y no es indiferente que haya o no una pregunta sobre ese hacer.

Más allá de “hacerlo mal”, el deseo de una madre no puede desentenderse de la época en la que se lo considera como tal. Es que el deseo-de-la-madre, si bien puede leerse en cada caso en particular, responde a las condiciones de época, puesto que no se trata de abordar lo singular de cada madre sino los avatares de lo que en nuestro campo llamamos el Deseo-del-Otro, como lugar en la estructura y como lugar estructurante. Una madre, en todo caso, ocupa o encarna ese lugar Otro primordial, y ese lugar es condicionado y modelado por la época.

Si la cultura occidental se sostiene en la prohibición del incesto, es necesario tanto que el deseo incestuoso esté en juego, como que no resulte consumado. Para plantearlo en términos simples, el deseo incestuoso de la madre⁶ -reintegrar el producto- debe estar presente para investir al hijo como aquello que a la madre le falta, y también debe de ser no consumado para que el hijo entre en el mercado de la cultura como sujeto -y no permanezca como objeto-.

En la sociedad actual, dominada por los medios de comunicación y por la conectividad cibernética, domina el ideal de transparencia de la información: todo sería factible de ser conocido, y a cada pregunta le correspondería una respuesta que, tarde o temprano, estará disponible. Un ejemplo de ese ideal fue la fantasía de que en el genoma humano se iban a encontrar todas las claves de la vida y de la muerte, de la salud y la enfermedad, de la normalidad y de las aberraciones; también se esperaba poder aislar tanto el gen del autismo como el de la homosexualidad -los que “aun” no han sido revelados por el genoma-.

⁵ Leo Kanner, *En defensa de las madres, cómo criar hijos a pesar de los más “fervientes” psicólogos*, Hormé, Bs As, 1974

⁶ H. Yankelevich, *Acerca de lo que nos enseñan los autistas sobre la función de la palabra*, en S. Amigo, *Paradojas clínicas de la vida y de la muerte*, Homo Sapiens, Rosario, 2003

Claude Levi-Strauss sostuvo⁷ que “...el incesto aproxima términos destinados a estar separados: el hijo se une a la madre, el hermano a la hermana, así como, contra todo lo esperado, la respuesta consigue unirse a la pregunta”.

Esta caracterización no banal del incesto es retomada en términos lógicos como fantasma de transparencia por Jean-Ives Girard⁸, a propósito de un mundo maquínico en el que se produciría la evacuación del sujeto debido a que las máquinas podrían responder a todas las preguntas. Pero esta pretensión surge de una impostura, puesto que una pregunta no tiene forzosamente una respuesta. A partir de los teoremas de incompletud de Gödel se plantea una opacidad del saber, una limitación fundamental y absoluta del conocimiento; la idea de incompletud recibió como intento de refutación el argumento de que se trata de una carencia, de una falta, de una insuficiencia, como si se tratara de una falta de vitaminas. Superada esa falta podría saberse todo. Para Girard esta respuesta se explica por la pregnancia de posturas ideológicas fundamentalistas: “todo se debe poder saber, todo se debe poder traducir”. Se trata de un todo que conduce al totalitarismo, inclusive en las ciencias.

¿Acaso esta pretensión totalitaria de consumir el incesto entre las preguntas y las respuestas no incide en la producción de autismos? ¿El autismo es ajeno a este ideal de transparencia o será, en cambio, su producto consumado?

El autismo en la sociedad



En diciembre de 2018, en Ámsterdam, frente al Museo Hermitage, se erigió una escultura que lleva por título *Absorbidos por la luz* (Absorbed by light), ideada por Gali May Lucas⁹, una artista británica; ella explica la intención con la que compuso su obra de este modo: “...elegí crear algo que fuera instantáneamente reconocible y, en realidad, casi literal, pero inquietante al mismo tiempo”. Se trata de tres figuras humanas en tamaño natural, sentadas en un banco de plaza frente al museo, dejando entre dos de ellas y la tercera un espacio para que quienquiera que lo desee pudiera

⁷ C. Levi-Strauss, *Elogio de la Antropología*, Caldén, Bs. As. 1976

⁸ J-I. Girard, *Le fantôme de la transparence*, ed. en línea. Marseille 2010

⁹ <https://amsterdamlightfestival.com/en/artworks/absorbed-by-light>

participar de esa obra sentándose también. Las figuras se iluminan con un tenue tono blanco, que impacta sobre todo en sus rostros, por la luz que surge de sendos teléfonos celulares. ¿Qué clase de luz es esta luz, qué luz absorben esos cuerpos inertes que tornan casi anacrónico el museo frente al cual se ubican? ¿Acaso esta obra no ilumina un rasgo autístico de nuestra sociedad globalmente hiperconectada en una paradójica desconexión radical?

Daniel Tammet¹⁰, en su libro autobiográfico *Nacido en un día azul*, cuenta que “hay momentos, justo antes de dormir, en los que mi mente se llena de repente de luz blanca, en la que sólo puedo ver números -cientos, miles de ellos- pasando rápidamente frente a mis ojos. La experiencia es bella, tranquilizadora”.

¿Será que esa luz blanca, la luz de las pantallas cada vez más sofisticadas de los teléfonos, nos propone otro tipo de incidencia que la de la luz solar?

Sabemos que lo que podemos percibir visualmente resulta de un fragmento del espectro lumínico, con algunas mínimas variantes individuales. Lo que vemos, cuando logramos ver, no es la luz, sino aquello que la luz ilumina -cientos de años de trabajo le llevó a los artistas plásticos circunscribir y hacer ver los efectos de la luz-. No vemos la luz sino su impacto sobre aquello que se le interpone. Es la función de pantalla que Lacan¹¹ tematiza como la esquizia del ojo y la mirada.

Pero Daniel Tammet nos dice que él ve “en la luz”, en esa luz blanca, y no *por medio de* la luz. Separar la luz de los objetos que se hacen visibles gracias a ella es una operación que podemos adscribir al término genérico de “filtrado”.

Así como es necesario filtrar, separando la imagen de las letras para poder leer, es necesario filtrar la incidencia de la luz para poder ver. Igual sucede respecto de lo audible.

Tomemos el caso de las transmisiones de radio, sean moduladas en amplitud o en frecuencia. Para escuchar es necesario distinguir entre la onda portadora y el contenido agregado, y siempre habrá un ruido proveniente de la onda portadora que entrará en escena como residuo de la transmisión. Distinguir entre ruido y contenido supone una operación de filtrado. De hecho, sistemas como el Dolby en la grabación implican un filtrado, mediante compresión y codificación.

Jacqueline Léger¹², en una entrevista del año 2015, relata sucesos de su vida en los que las letras escritas se le presentaban de un modo particular: “conocía las letras, pero no comprendía lo que estaba leyendo”. Eso le ocurría en un tiempo en el que se la creía sorda, porque no hablaba ni reaccionaba a la palabra de sus allegados. Como se afirma en otros testimonios de autismo, ella no sabía que el lenguaje podía servir para comunicarse. Ocurrió que, en una ocasión, que no es cualquiera por cuanto se trataba de un texto en el cual se hacía referencia a alguien de su mismo apellido, afirma que “las palabras de pronto me saltaron a la cara y supe lo que era leer”. Algo del nombre que la nombra (patronímico) se había puesto en juego y con ello las palabras se desligaban de la imagen, se hacían legibles.

Esta imagen de las palabras saltando a la cara, golpeando el cuerpo, se contrapone con otra imagen, que ella -a sugerencia de un neurólogo- califica de sinestesia: son momentos en los que está “nublada”, en los que “el autismo regresa”. En esos momentos, “si tengo un teléfono contra la oreja puedo tener la impresión de que me duele el oído”, o bien “cuando tenía que decir “no” a una persona, me dolía el interior del cerebro”, afirma.

¹⁰ Daniel Tammet, *Nacido en un día azul: memorias de un genio autista*, Ed. Sirio, 2018, España.

¹¹ J. Lacan, *Seminario XI*, sesión del 19/2/1964

¹² https://youtu.be/nXMGGqRwp_k

¿Qué clase de discriminación es necesaria para que la luz se perciba separada de los objetos que ilumina, o para que las palabras puedan leerse porque el lenguaje se incorporó separándose del impacto mortificante del sonido de la voz? ¿Qué hace que el dolor de decir “no” se desprege de una sensación corporal?

Nos preguntamos si para ciertas presentaciones autistas la afirmación freudiana de que los esquizofrénicos tratan a las palabras como cosas habría que tomarla como orientativa, rechazarla, o bien reformularla.

El autismo y el cuerpo

Entendemos que, en términos generales, la operación que Lacan señala como la barradura del Otro, que permite tanto poner en acto el deseo incestuoso -materno- como su interdicción -paterna-, es aquella con la que leemos algunos de los efectos más propios de la entrada del proto-niño en la estructura: la incorporalización del lenguaje, la erección del cuerpo. Entendemos también que las presentaciones autistas testimonian un espectro de dificultades en la realización de estas dos operaciones, y que intentamos leerlas tanto en las incidencias de la irregular separación entre lengua y lenguaje, así como en la diversidad de modos en que el cuerpo se presenta no falicizado -no erecto- o bien no articulado como tal a una dimensión subjetiva.

César es presentado por sus padres como un joven con dificultades en el desarrollo, diagnosticado en ese entonces como TGD. Él se presenta a su vez con la misma diatriba. Su problema es, coinciden el joven y los padres, que cada tanto se ausenta del hogar -era una época en la cual estaban en boga los cibercafés- y ellos se preocupaban porque no sabían dónde estaba, ni cómo estaba; pero al tener noticias sobre el “particular funcionamiento de su mente” el énfasis quedaba puesto sobre si él lograría cuidar de su cuerpo. César, efectivamente, podía pasarse dos días enteros, con sus noches, instalado frente a una pantalla, jugando en red con amigos -o enemigos- imaginarios, sin comer ni beber, sin ir al baño. Su cuerpo, ese organismo en apariencia no ligado ni anclado a las funciones vitales mínimas, no constituía un obstáculo para su encandilamiento por la luz y su captura por los juegos virtuales. Su cuerpo, si es que así puede llamarse, no le daba señales, no le exigía nada, se reducía a ser el soporte necesario para que sus manos y sus ojos jugaran el juego.

En *Bubble Vision*¹³, una presentación en Michigan University, Hito Steyerl sostiene que la realidad virtual que persiguen instaurar los desarrolladores de medios digitales, en particular los de Google, y aún más con la realidad aumentada, suponen la construcción de una suerte de burbuja en la que se supone que el jugador está en el centro. La idea es teletransportar al poseedor del dispositivo a cualquier lugar que haya sido escaneado por la tecnología. Mark Zuckerberg, su mentor, en realidad su dibujo animado, lo dice así, al presentarlo con un impactante Puerto Rico virtual devastado por un huracán: el dispositivo, que parece una esfera de cristal, te da “...la sensación de que realmente estás en ese lugar... que estás, locamente, ahí, en el centro”. Pero Steyerl subraya que, al mismo tiempo que “estás ahí, en el centro, no estás ahí en ningún lugar” porque el cuerpo está sustraído, el cuerpo desaparece de la escena: basta para el juego con disponer de las manos y de la cabeza.

¹³ <https://youtu.be/boMbdtu2rLE>



En efecto, en estos mundos paralelos de realidad virtual el cuerpo realmente está sustraído, ni goza al abalanzarse sobre el adversario, ni muere si la jugada fue desafortunada, ni es alcanzado por el tifón ni disfruta de la brisa primaveral. Esta virtualización de la realidad comenzó a presentarse a nivel global con la transmisión en vivo desde los aviones en la Guerra del Golfo: cada espectador era llamado a ver desde la mira de un piloto de aviones de guerra, como cada espectador de *Las Meninas* de Velázquez va al lugar de los reyes en el reflejo supuesto en el espejo, pero ahora sin necesidad de trasladar su cuerpo a Madrid.

La tecnología 5G, que amplía enormemente el ancho de banda y la cantidad de información que se transmite casi en tiempo real, probablemente nos lleve a presenciar otras consecuencias y relevar otras formas de presentación de lo que hoy se llama autismo, si el cuerpo se viera involucrado de otra manera en esa burbuja.

El autismo y las amenazas

La burbuja de la que hablamos resulta en realidad el efecto de un filtro: “vivir en una burbuja” es estar protegido de las amenazas que Freud situó en *El malestar en la cultura*, protección que en la infancia es una de las tareas que cumplen los padres. Quien vive en esa burbuja no se preocupa por los achaques de su cuerpo, no está sometido a la hiperpotencia de las fuerzas de la naturaleza, no recibe el impacto de las peripecias del lazo con los otros. El filme *La vida es bella* transita dolorosamente el fracaso de extremar esa vía.

No es posible, viviendo en esa burbuja, que el autista pueda autovalerse, claro, por lo que el cuidado de los otros y el funcionamiento del mundo debe estar garantizado. Nos preguntamos si, en este sentido, el autista es una variante del anacoreta del que Freud hablaba, quien para evitar las tres amenazas se retira del mundo.

Pero el autista no está realmente retirado del mundo, sino de sus amenazas. El mundo se ocupa de ellos, el mercado se potencia con las consecuencias de la explosión demográfica de los casos diagnosticados, lucra con la preocupación de los padres que insisten en insertarlos en el mundo, en hacer que el mundo aloje lo que indudablemente es un producto de su modo actual de rechazo a la subjetividad. ¿Qué pertinencia tiene, bajo esta perspectiva, hablar de sujeto autista?

El psicoanálisis, nacido de la lectura de los síntomas que respondían al malestar en la cultura, en esta coyuntura actual ha perdido incidencia y en algunos países resulta prohibido como alternativa de abordaje de presentaciones autistas.

A partir de la distinción que hace Lacan¹⁴ entre sociedad y cultura para situar la relación entre neurosis y perversión, nos preguntamos si abriría alguna posibilidad de lectura considerar al autismo en la sociedad contrapuesto al malestar en la cultura.

El autismo y la lengua

La idea de filtro, como aquella operación que permite decantar la luz para que se produzca una imagen, es también aplicable a otras dimensiones de un imaginario no especular, como el filtrado o esquizia entre la lengua y el lenguaje.

La pregnancia de las imágenes visuales y la preferencia por la palabra escrita, de las que testimonian aquellos sujetos que se autodenominan autistas, nos induce a considerar una práctica de escritura de un momento histórico muy remoto.

En el siglo VIII antes de Cristo se sitúa el comienzo de la escritura mediante el alfabeto griego. Hasta entonces la transmisión de poemas, sean los épicos o los de amor, se bastaban con la forma oral, o mediante una escritura silábica muy compleja. Al pasar el poema a lo escrito con el alfabeto griego se produce tanto una ganancia como una pérdida. La ganancia va de suyo. La pérdida no tanto.

Sostiene Anne Carson, en su texto *El borde alfabético*¹⁵, que la novedad que aporta el alfabeto griego es que se escriben por primera vez en la historia las consonantes en su forma pura, sin quedar adjuntadas a ninguna vocal, como sí lo estaban en el alfabeto fenicio. Las consonantes, al decir de Platón, son no-sonidos que no tienen voz, que no pueden resonar por sí solas. Para que resuenen, para que consuenen¹⁶ -como Lacan lo afirma en *Le sinthome*- es necesario que se le adjunten las vocales: las consonantes puras “son impronunciabiles si no tienen un esbozo de aliento vocálico”. De este modo, al incorporar la escritura de las vocales, lo que el alfabeto griego hace es elevar a las consonantes a la condición de formas abstractas, puesto que no son fonetizables por sí mismas.

Las palabras escritas pierden así la sensorialidad erótica de las palabras habladas, se separan unas de otras, se separan de su entorno y separan al lector de su entorno también, lo aíslan. Las palabras escritas tienen bordes, las oídas no siempre lo tienen. La consonante aislada es la marca de un borde entre un sonido y otro. Si el eros insiste en los bordes, para malearlos y fusionar las palabras, las consonantes imponen un borde sólido a los sonidos humanos, afirma Carson.

Lacan subrayaba que la homofonía se resuelve por la escritura¹⁷. Efectivamente, la escritura hace cesar todo orden de respiración, de aliento, de vacilación, de indefinición de los bordes. La eroticidad de la voz y del cuerpo que la entrega, queda rechazada por la escritura.

La notable preferencia y facilidad que algunos de los denominados autistas “de alto nivel” tienen por la expresión escrita y la dificultad que presentan para tolerar los efectos eróticos de la palabra hablada podrían pensarse con estas coordenadas. Situamos aquí lo erótico en toda incidencia, del cuerpo y en el cuerpo, de las palabras dichas; involucra tanto al cuerpo de quien habla como al de quien escucha.

¹⁴ J. Lacan, *Seminario VIII*, sesión del 23/11/1960

¹⁵ Anne Carson, *Eros el dulce-amargo*. Fiordo Ed. Bs As 2015

¹⁶ J. Lacan, *Seminario XXIII*, sesión del 18/11/1975

¹⁷ J. Lacan, *L'étourdit*. Autres Écrits. Seuil. Paris, 2012

El balbuceo ausente en los autistas¹⁸, una constante según los testimonios que disponemos podría pensarse como un rechazo -un filtrado- de la dimensión erótica de la palabra hablada, un rechazo de los efectos de enunciación que se soportan de un cuerpo que vibra cuando habla, y habla cuando vibra. Que un autista responda a la emisión sonora robótica, pero rechace la voz del humano que se dirige a él, permite pensar que el filtro que separa la lengua del lenguaje no ha operado convenientemente; es en esa vía que leemos que el lenguaje, para ellos, no se ligue a la comunicación, no suponga la dimensión del lazo con otros.

El autista puede incorporar el lenguaje, en cambio la lengua se le hace extraña, peligrosa, inquietante. A diferencia del esquizofrénico, que trata a las palabras como cosas como si no hubiera filtro, y a diferencia del neurótico que puede jugar con la lengua forzando el lenguaje, para el autista que habla mediante emisiones sonoras monótonas y ecológicas pareciera que la lengua, esa que Dante adscribía a las nodrizas para diferenciarla de la gramática, no tiene lugar. La lengua, para ellos, ni se separa del lenguaje ni se confunde: queda por fuera de lo que se da en llamar la subjetividad. Por lo tanto, la dimensión de enunciación que deriva de la instauración del “yo” (Je) del llamado narcisismo primordial¹⁹ no está presente en el autismo, no está presente en tanto que un “yo” distinguible del conjunto de la estructura gramatical²⁰.

Las tres amenazas que situara Freud respecto del malestar²¹ son aquellas que modelan el trabajo de elaboración de la pulsión: las fuerzas de la naturaleza, el cuerpo propio y el lazo con los otros; por esta razón la pulsión nunca estará desprendida de lo social ni de lo real. En cambio, los autismos nos muestran que es posible cortocircuitar ese trabajo, esa exigencia de trabajo, a condición de desligar la cultura de la sociedad -rechazando la historia-, y de operar sobre una construcción de lo corporal que se sustrae del lazo con los otros y de la relación a la hiperpotencia real de la naturaleza.

En este sentido, un individuo que no se sostiene en la incorporación de la lengua, cuya relación a la estructura de hiancia del inconsciente y de la pulsión no está ni siquiera planteada, mal podría llamarse sujeto desde nuestra perspectiva; ¿la dificultad para colectivizar los casos de autismo acaso no revela que el lenguaje en su conjunto no ha logrado producir esa esquizia entre pregunta y respuesta, esa dimensión de la diferencia que conforma el campo del deseo?

En consonancia con esto nos preguntamos si la teorización de los casos de autismo no requiere de otros operadores conceptuales que aquellos que Freud y Lacan tejieron para aquellos sujetos que resultan de una colectivización en la respuesta al malestar en la cultura.

Es por eso que nos parece pertinente sostener la pregunta por si el individuo autista es a la sociedad lo que el sujeto deseante es al malestar es a la cultura.

¹⁸ Jean-Claude Maleval, *El autista y su voz*, Gredos, España, 2011

¹⁹ H. Yankelevich, op. cit.

²⁰ J. Lacan, *Seminario XIV*, sesión del 11/1/1967

²¹ S. Freud, *El malestar en la cultura*, 1930.